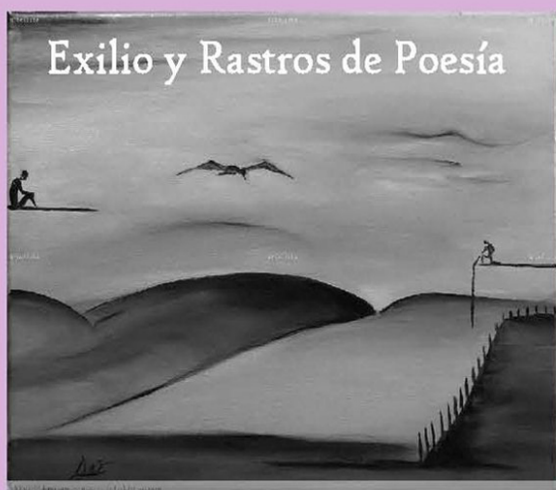


Fernando Gargano



EscribEntes

Fernando Gargano

Exilio y rastros
de poesía.

EscribEntes

2012

Editado por EscribEntes.

Seres de existencia real o imaginaria, máquinas y artificios que transforman una energía en otra, en este caso enunciados.

Contacto: correo@escribentes.com.ar
www.escribentes.com.ar

Primera edición: Enero 2012.

El cuadro de tapa es de Damián Grimozzi: Exilio.
(Óleo sobre tela, 40 x 30 cm, de 2002)



El registro de la propiedad intelectual está en trámite, pero a la vez, como la propiedad es el robo, “Exilio y rastros de poesía”, de Fernando Gargano tiene una licencia de uso común: Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported License. Para exceder los permisos de esta licencia comunicarse a: correo@escribentes.com o informarse en www.escribentes.com.ar

Primera edición. Escribentes. Buenos Aires, 2012.

Exilio y rastros de poesía.

Con la memoria en Kurt, Severino y Louise...

I

Azimel

Azimel se va de viaje. Armó su mochila con menos cosas que deseos y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Dio un beso en el lomo de la Trabex y la soltó hacia adentro, dejándola caer por el buzón de bronce de la puerta. Buscar la felicidad en otro lado -siempre en otro lado- o sentarse a filosofar; antes se decía que vivir bien era saber pensar. Nada más falso.

Dijo que la luna indicaría su camino. ¿Podrá Azimel, seguir sus propios pasos? La sombra de los exiliados siempre marcha por delante. Sólo arrima su ayuda en los repechos, tendiendo sus manos gentilmente como lazos invisibles. Nosotros, sombra de sombras no dejamos de seguirla. Indagamos sin respuestas. ¿Tan difícil es asimilar la marcha? La soledad es un vómito de luz sobre esa mano que se extiende en el camino.

Lejana, en un bar desconocido. Horario matinal; las señales de tránsito y los vivos colores de los teléfonos públicos indican otro país. Los nombres en el menú, las voces en la radio. Las marcas de los autos, los nombres de las calles. Otro país.

Busca un espejo y allí sus propios ojos; se gusta y no se entiende. Azimel ensaya una seña para pedir algo al mozo. Una franela húmeda pasa por la mesa y se lleva su mirada perdida. Vuelve al espejo. Se gusta; sigue sin entenderse. Moja sus labios ajados en el café con leche y un vapor caliente recorre su nariz. Será la única caricia en ese día.

Recuerdos

En un asiento del andén de una moderna y gigantesca estación de trenes, Azimel tiene la mirada perdida en sus recuerdos. Trae hacia su mente la vidriera del negocio de Don Luiggi -el anticuario- repleta de objetos; gastados por el uso y el tiempo, cansados de tanta indagación.

Los largos estantes de filos redondeados sostienen decenas de historias incrustadas; muchísimos juguetes, tristes y descoloridos; inútiles cubiertos degradados. Cuando ella cruzaba aquel portal, ese anciano bueno de guardapolvo gris y amarillentas canas comenzaba a recorrer desordenadas series de melancolías:

– Mire niña, esta foto del año veintisiete; blancos y negros retocados a mano con algunos colores. Había que tener bastante plata para hacer ese lujoso agregado. Fíjese que pesado este reloj, cadenero de hombres ricos, incómodo corazón ligado a la cintura.

Fotos ajadas, platos de pared, demasiada madera moribunda. Infinitas miniaturas repartidas como el viento en una playa de mármoles y espejos. Un santuario barrial que devoraba vivencias, atendido por un italiano ácrata con sueños de bibliotecario. Como tal, no le faltaba su colmada pila de libros y una desflecada torre de revistas perdidas; era en esas colecciones de papel donde Selmar -su amigo historiador- hurgaba para memorizar nombres o disparar ideas.

Se veía atónita, observadora, sorprendida; sorprendida al dar las nueve y media el único reloj que funcionaba de ese museo improvisado; Azimel se recuerda llegando tarde, corriendo por Defensa, haciendo ruido en la escalera. Dejando las compras para otro día y poder llegar temprano al altillo de Selmar. Apuraba los pasos sobre las veredas angostas de San Telmo hasta alcanzar la vieja puerta de la calle Venezuela, y empujarla con el cuerpo para atravesar el pasillo. Se trataba de un estrecho corredor que daba a un patio, un farol enorme y oxidado escondía un techo descascarado, habitado por arañas. Apenas

tenía tres metros de largo para unir aquellos mundos espejados y a la vez dispares. Para ella, se trataba de todo un laberinto. Muy al fondo, después del patio, esperaba una escalera que ella ascendía saltando escalones y martillando el piso con los tacos; presentándose en un barullo que desbarataba cualquier sorpresa. Él siempre le guardaba una sonrisa. Siempre.

Cuenta el apurado paso de la turba en el andén y se recuerda anunciándose con un suspiro después de martillar el piso con los tacos hasta desvanecer la memoria. La última imagen es de aquella sonrisa, para fundirla a su presente e inmediata multitud. Mira alrededor y ve alejarse el mismo tren llegado hace minutos, dando paso a otro, y a otro, y a otro.

Se pregunta por los nombres del lugar, por su destino, por el barrio. Descubre que las personas que no saben el idioma pueden manejarse con los números -al menos en Hungría, al menos ella- contando cuadras y estaciones. Deja de recorrer su improvisada ciencia y sube al vagón asombrada del silencio, buscando una ventana al sol.

Vuelve a recorrer aquella pequeña escalera ferrosa de San Telmo al momento del suspiro. Esta vez no ahorra la sonrisa. Las puertas abiertas y la radio prendida como siempre; días y noches,

semanas enteras de diales infinitos. La comunicación es un hechizo circular.

De esa manera entraba al cuarto de quien más amaba y odiaba a la vez en todo el mundo, que por entonces no pasaba de veinte cuadras a la redonda. Mucho movimiento con las puertas, insubordinada, saludando hacia el éter, y si él estaba para oírla, mejor.

Escribiendo en una mesa llena de papeles, con poca y gastada luz, amarilla de tanto iluminar recortes de periódicos, Selmar no pensaba de su visita más que en vigilar que no le entreverara las fotos de sus diarios ni devore la comida que estaba preparando, antes de poder cumplirse el gusto de servirla puntillosamente en la mesa.

Le hacía bien preparar en riguroso orden los cubiertos, platos y vasos colmados. Él sabía que contaba hasta la noche entre trabajo y estudio y si miraba dos veces sostenidas a los ojos de su amante abandonarían todo para besarse, o para ir a la calle a ver extranjeros en los bares y negocios del sur, o al puerto a añorar el río.

Lo sabía, y la mirada llegaba. Cenaban y partían, invirtiendo el orden de los ruidos alcanzaban la escalera, el pasillo, la vieja puerta de la calle Venezuela, los adoquines.

Un silbato la despierta. Repite para sí cierta indicación: "...son cuatro estaciones, ocho cuadras de calle diagonal, arbolada y angosta. Inequívoca señal, las ventanas azules y alguien que te entenderá al saludar. Te van a cuidar y alimentar, te preguntarán por mí y por el país. Sé amable. Sé paciente..."

Selmar

Cerca de las diez de la noche, Selmar decidió descansar. La vida se le presentaba como un río sinuoso en el que navegaba brioso, muy entero. Arribando a puertos indeterminados y disfrutando cada latido, cada paso. Pero había un muelle al que todas las mañanas amarraba cabizbajo, donde se perdía entregado hasta escuchar el timbre de salida. En ese entonces -como ahora- los días eran finitos y el trabajo se llevaba la mayor parte. Y las fuerzas.

Solía hacer bromas sobre una metafísica ilusión de robar la sucursal sin moverse de su casa. ¿Y si lo hiciese? Necesitaba dinero y eso perturbaba su imaginación. También bromeaba con la idea de poner una agencia paralela de patentes de inventos que se complicaba por ineficaz. Loterías no jugaba y su jornal era mal pago.

Sumergido en los recortes de los diarios y la colección de volantes que le prestó su tía Mariel

pasaba horas rearmando un relato contenido por el tiempo; por la manipulación del tiempo. Volvía a sus documentos como un arqueólogo nocturno; de a ratos, cerraba los ojos tratando de soñar. En la época del centenario eran pocas las mujeres anarquistas de aquel Buenos Aires un tanto más sencillo que el suyo, de veladas resistencias y de luchas abiertas memorables. Mariel era una bambina de ojos verdes que hacía de correo entre Reno Gizzi y los del sindicato. Ella guardaba algunos volantes porque del lado en blanco Reno le escribía poesías y piropos en coliche.

“Ahora la noche por la noche descansa. Se tapa con nubes y sueña imágenes bonitas que también están en nuestros sueños. Ocurre que la noche no cesa de leerlos, a todos. Conoce los anhelos y los sueños de todos. Por momentos deja caer su llanto en los humanos. Nos priva de las estrellas, vuelve en infierno al más tranquilo de los mares, rompiendo en mil pedazos la ilusión de tantas almas. Es que en su resentimiento explica su inocencia.”

En sus textos la poesía convive en el espacio del pasado, con las luchas del pasado. La historia del movimiento obrero según un libertario. Bandera Proletaria, La protesta y La chispa. Nervio. Fo-

lletos y libros que venían del Uruguay, de España o de países extraños.

Por los ruidos en la escalera descubre que ya no está solo; saluda con una sonrisa y se dispone a hablar como no lo hizo en todo el día. Le gustan esas visitas de su pequeña amante. Va hacia la comida y la presenta ordenadamente en una mesa a medio armar, cuida que no falte nada y se sientan a cenar. Luego, quizás salgan a caminar un rato.

Entre los sonidos de la noche, sobre el mantel, queda un periódico y sobre el periódico un círculo resalta un diálogo:

César. — ¿Pero cómo haréis esa revolución si sois cuatro gatos?

Jorge. — Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agradaría eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce. Nos esforzaremos para ser ocho, y luego dieciséis.

Ciertamente, nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer y estén decididos a hacerlo. Nuestra misión es preparar a la masa, o la mayor parte posible de la masa...

En el margen con letras muy pequeñas en tinta azul alguien escribió la información: “En el café, de E. M.”.

* * *

II

El libro

Quitó la música y se inclinó hacia mí. Todo quedó envuelto en el silencio y se escuchaba solo su respiración, cada vez más cerca. Aun con su cara en la sombra, alcanzaba a ver sus ojos llenos. Ya no pude quitar la mirada. Mojó su cara con una lágrima y entonces supe todo; tomé sus manos que temblaban quizás de frío y la besé en los labios. El amanecer nos sorprendió en un parque, guardando en los bolsillos las estrellas que la luz del sol iba borrando.

Horas después, en el bar de Ricardo el marco era distinto. La radio. Los vasos contra la piletta. El ruido de la registradora. El techo, menos un cielo podía ser cualquier otra cosa. A lo mejor el infierno estaba un poco más allá de la luz violeta

del matamoscas, entre la terraza y los tubos de luz que parpadeaban como árboles de Navidad. Me gustó verla contenta. Hubiese deseado otra escena; verla romper el pasaje y acomodarlo entre la servilleta de papel y el sobre de azúcar, pero su exilio no era forzado. Su tiempo en Buenos Aires terminó ni bien llegada la carta de Budapest.

Ricardo deseaba en lo más íntimo de su podrida saña que Azimel fuera por un rato al baño. Un poco para mirarla, otro tanto para venir a joderme. Y bajo el signo de su grasiendo infierno todo se daba como él quería. Ella quiso verse en el espejo que formaba el servilletero pero como no se encontró dijo con pereza:

– Voy a mojar me la cara así me arreglo un poquito...

Y al instante el gallego estaba a mi lado preguntando mientras simulaba indiferencia:

– Parece que a la niña se le ha corrido el maquillaje. Siempre haciendo llorar a las mujeres usted. Eso dijo bajito mientras se llevaba las tazas y yo pensaba en cómo ese hijo de puta manejaba el destino desde el mostrador, además de hacer sus buenos pesos, trabajar apenas unas horas y tener la sensación continua de ser rey o emperador en reino conquistado. Para terminar de molestarme agregó:

– ¿Cómo va esa novela? Ayer ha escrito mucho, me dijo el mozo de la noche. En esos papeles sí que usted puede hacer lo que quiere, debe ser como un dios o un patrón. Hablaba como si leyera mis pensamientos. Siguió lapidario creyéndose un santón:

– Lástima que sea tan ateo, vio... el barbudo le daría una manito ayudándole a terminarla algún día, a encontrar un buen mecenas... ¿así se dice? Pero usted cree... en usted -dijo despotricando contra los argentinos y mirando de reojo el camión de gaseosas que frenaba ante la puerta lateral.

Al libro lo llevaba envuelto en papeles de diarios. Las hojas mezcladas parecían un mazo viejo que le falta el dos de copas. No se lo mostraba a nadie con la excusa de todos los días: “quiero retocararlo un poco, mañana nos vemos y hablamos”. El dos que no llegaba nunca extendiendo el secreto hacia la curiosidad. Y se iba para la plaza a mirar entre los juegos, a inspirarse. Le preocupaba que su texto tuviese que ser explicado. No entendía como morían en el silencio los terribles pilares de eso que hoy llamaban Buenos Aires y lo quería documentar. Llevaba lapicera azul y anotadores Congreso de la época en que los taxis eran todos Siam Di Tella. Buscaba páginas al azar y las repasaba.

“... Mirta había cumplido dieciséis años, y su tío había estirado dos días de su eterna semana para hacer unas extras pintando el frente de madera del negocio de Don Segura. Esas monedas fueron el regalo para que Mirta depositara en la Fábrica Dell’Acqua de Chacarita un seguro por las supuestas multas que acumulase, o para su propio médico si enfermara. En caso de abandonar el trabajo, perdería ese regalo junto con una parte de sus sueños. Era así; se comenzaba la carrera perdiendo...”

La vida de los trabajadores tenía facetas terriblemente tristes, pero había resistencias en cada sujeción. El puerto recibía la riqueza de luchas lejanas. Una grey de gringos rubios, barbados o casi niños, fundaban comunidad, hablaban como podían un idioma difícil de aprender, y se hacían entender cooperando, que es el lenguaje de los sabios. Tomó el desafío de hilvanar poesía y luchas, el leve encanto de antagonizar, bordado en una imprenta.

De título ni hablemos; siempre la llamó la novela y aseguró bajo juramento que él no aparecía ni como acomodador en la parte del cine. Intercalaba un texto, una poesía, si podía asomaba alguna idea; la intención no era mala pero no podía darle vida como él deseaba. El pasado parecía morir. ¿Para quién escribimos cuando las puertas sólo abren hacia adentro?

Siesta, parque de otoño y una mujer

Parque Lezama. Es una tarde en el otoño de Ariadna, es jueves. Ella siempre disfrutó de la comicidad inmanente de la palabra jueves: casi como una silla chueca: jueves. Desentendida de sus ganas de viajar, extraña de verse sola aplastando las hojas secas del camino; haciendo ruido. Buscó un lugar y se sentó. Desparramó sobre las piedras incrustadas del frío banco de granito, todo el contenido de su bolso.

Lo mejor será detener la marcha. El arte se sienta a mi mesa pero ésta vez no comerá de mi carne. El sol de todas las personas llega en forma de jaguar y se desparrama en el polvo de ladrillo. Habían anunciado lluvia. Otro yerro más que la gente de la ciudad olvidará mañana cuando digan viento, paseos o regalos. La radio suele alimentar anhelos en las horas pico.

Ve como se pierden otros cuerpos camino abajo en las barrancas y se angustia un poco. Es el discreto juego de ser alguien más entre la multitud. Piensa en el horizonte de su río poblado de barcos que se escapan.

Los cirujas de la plaza van desnudos como los árboles. Hasta ahí se acuerda, el otro rato cree que durmió. El viento hace lo suyo con esos papeles muertos que dejó de lado; un rebaño de

bollos desparejos se intercala entre las hojas secas del suelo, que con mucha soberbia hacen su propio ruido al recibir cada pisada.

Uno de los papeles toma forma esférica; es pateado por una improvisada centro forward de aros y sandalias. Camina un tanto distraída y en pocos segundos ella está a una cuadra de los bollitos y las hojas.

Es una mujer distante. No sabe bien de fechas y horas para los encuentros. Entre sus apuntes y los libros -que la estudian- tiene algunas fotos. Para esos cuadros no necesita colores ni gente que los habite. Fotos de ciudades, líneas urbanas sin considerar.

Ella también está distante del mundo que la mira porque entre sus ojos y el tiempo hay un brillo sostenido. El rojo de sus labios obliga a quien la enfrenta a quitar la mirada vergonzosamente.

Las hojas secas saben que después de la lluvia van a persistir creando el suelo. Pero los papeles... los papeles se desangran de tinta que se corre.

Media tarde

La misma escena. La misma plaza; otros ojos. Es media tarde, en el descanso de la oficina. Selmar jamás se quedaba con sus compañeros, se negaba a regalar ese descanso al fuego de las charlas

inútiles sobre televisión y fútbol, o padecer las bromas repetidas del señor Guglielmi.

En el centro de la manzana, al borde de los juegos hay un largo banco de patas timoratas y cuatro abuelas unidas por sus hombros desaparejos. Es una frágil cordillera de cabellos nevados, teñidos, o amparados por pañuelos. Esgrima de codos con agujas, ovillo en bolsa y un termo de agua sin hervir que se olvidan de gastar.

Todo ocurre entre nietos y pelotas, entre muñecas y patines de melladas ruedas naranjas, estruendosas. Para Selmar es mirar lo inexplicable: tejidos y equilibrios sobre ruedas. Nunca lo comprenderá. Sobre los tejidos podría anotarse en un curso, leer revistas a escondidas, ayudarse en la magia de un telar... pero lo de patinar. No lo había intentado jamás en su vida, y tampoco lo sentía como una falta. Era como volar, excedía su dimensión humana.

En el pasto alguien duerme sobre una almohada de cuero, hebillas y dos manijas con cierre horizontal, para que no escapen los sueños. Parece un albañil. Duerme y sueña.

Un pájaro verde interrumpe el ruido lejano de los autos en el asfalto. Las sensaciones se multiplican, el pulso lo dan las sombras que se estiran; en unas horas van a cubrirlo todo. La chica que piensa sentada en una hamaca puede estar soñando o componiendo; él mismo no puede ase-

gurar ser parte del paisaje y sigue camino hacia otra calle.

Una mujer pasa desapercibida en uno de los bancos de granito; tanto que Selmar no la ve, pero esas cosas suceden en las ciudades. Suceden todo el tiempo, no cuenta lamentarse de la invisibilidad de los otros. Es jueves, solo un esfuerzo y durante el fin de semana podrá regresar tranquilo; la plaza estará repleta, entonces elegirá el bar de enfrente. Para el sábado el viejo Barreto ya le habrá reunido aquellos documentos que tanto le pidió. Se sentará a leer y otra vez será parte del paisaje. Mirará el reloj pero no tendrá que volver a la oficina.

“...La luna persiste entre los edificios. Todo se echa a perder... demasiadas azoteas. La comunicación vuelve promiscuos los dones. Es como una magia rota. Es como una maga en batón. Las ciudades están inmunes contra su hechizo circular. Podemos decir que la luna, aquí murió...”

* * *

III

Mangialavoro

Otra vez elige San Telmo. Azimel tenía que contarle a Selmar de su encuentro con Carmelo. Resulta que desayunaba gratis en lo del gallego y entró alguien, muy desalineado, un poco gordo y bastante gritón. Después de acaparar la atención de todos, y no perder detalle de cada mesa se las ingenió para sentarse en la mesa de Azimel, con la ayuda del mozo nuevo, que bregaba por ganarse su confianza; terminó ofreciéndole un trabajo. Era para desconfiar por el aire fanfarrón de tamaño personaje, pero Azimel estaba sin un cobre y su dependencia se le hacía intolerable. Era un habitué. Entraba al salón como si lo estuvieran esperando. Saludaba hasta a las servilletas, se sentaba enfrente de Marcelito el lavacopas; por el precio de un café con leche tenía un

sobrinito a quien aconsejar las cosas que no hizo cuando él mismo trabajaba en la verdulería. El pibe lo oía porque así se entretenía, pero de creer todas las anécdotas que debía escuchar del tano, ya tendría ciento veintisiete años vividos con plena intensidad. Si agregamos los bolazos y lo que quedaba por contar el viejo era inmortal. Decían que dormía en una covacha y que acumulaba en el almacén una frondosa libreta marca Norte. No era cierto.

Carmelo Ruggiero Mangialavoro, fabulador profesional. La cara llena de pliegues indicaba una vida de buen comer, regordete hasta en los bigotes; llena de marcas de tanto gesticular pues a la hora de mandar historias el hombre interpretaba, hacía voces; de ser necesario se tiraba al piso. Era un actor con a mayúscula. Aprendió en el tiempo que pasó en su verdulería de Parque Patricios. Todos los días de Dios, con gripe, bajo mamúas o depresiones.

– No falté nunca –decía con orgullo– mejor que Sarmiento porque allá en San Juan no llueve nunca y Buenos Aires es inclemente, como los reyes.

Sabía de tango, del peronismo y sabía todas las calles de la ciudad. De fútbol era una biblia. Supe hacer favores y beneficios. Cuando le sobró algún metálico lo dejó en Palermo.

A la hora de guardar pertenencias, su límite era un pequeño bolso azul. No se le conoció casa ni hotel. Siempre se iba por la noche. De día siempre estaba. Había borrado del diccionario las palabras no y nunca.

Carmelo Ruggiero.

Mangialavoro.

Plaza Lezica

Selmar relee sus apuntes y se detiene en una ajadísima edición del diario El Día de Montevideo. La fragilidad y el color delatan su antigüedad; con repetido asombro pasa sus dedos encima de la fecha. Es del año diecinueve; lee entrelíneas un recuadro señalado en lápiz: “A su paso por la orilla argentina, el húngaro Szöcs no tuvo la misma suerte que días atrás en nuestro tranquilo Uruguay ... cuando en una reposada visita recorriera sus campos comprados recientemente. En la tarde de ayer, en Buenos Aires, el hombre de la nobleza austrohúngara... sufrió un intento de atentado por un maximalista. Tras el fallido ataque, el delincuente anarquista escapó ante las narices de la policía local...”. Selmar quedó pensando un rato y siguió leyendo. “Alrededor de la figura del agresor se está generando un aura singular de parte de las clases populares porteñas a raíz un supuesto acto humanitario, los vecinos aseguran... que no disparó su arma por cuidar la

vida de dos jovencitas que pasaban por el lugar”. Separa ese recorte y se detiene en un papel escrito a mano, letras propias ahora lejanas en el tiempo; parecen memorias desordenadas.

“Tarde fría de domingo. Casi las cinco en mi recuerdo; me figuro un invierno de transición, sin sol y con muy poca gente. No se escuchan voces de niños ni el errar de los rodados. Yo iba de puesto en puesto mirando libros, hundido en la resignación de no encontrar.

Todavía había vecinos que la llamaban plaza Lezica y las revistas viejas no valían como en estos tiempos, al decir de Azimel: más que un códice maya encontrado en Nepal explicando cómo viajar a Marte sin aburrirse en el largo camino.”

Selmar separa el papel de sus ojos porque las letras apiñadas lo confunden. Sonríe al recordar esos delirios de Azimel encadenando lugares con objetos sin alma o adjetivados con marcas antiguas de fábricas cerradas. Respira y sigue leyéndose como a un extraño.

“...Me detuve frente a un gato perezoso que a desgano me dejó revisar algunas publicaciones mudándose a un rincón. Un tipo barbudo y desprolijo le puso precio a las revistas que separé y

con una sincera sonrisa hizo algún descuento; de reojo miraba al felino.

Casi le completé el favor cuando le dije al puestero: "dame los diarios también", y el gordo dejó el mate y se apuró por primera vez en todo el fin de semana, me sacó el billete de la mano y junto con el vuelto me llenó los antebrazos de diarios amarillos y revistas deshojadas. Algunos titulares eran tan grandotes que me dificultaban caminar. En un banco cerca de Rivadavia me agarró la noche con dos periódicos anarquistas de la época de Yrigoyen. Quería viajar en el tiempo. Una incomodidad propia del que se le vuelan los papeles mientras se entera de alguna injusticia me hizo aparecer en lo de Rafael..."

Inmediatamente, Selmar guarda todo y emprende la visita a su amigo Rafael, a quien no veía en meses. En el camino pasó por una panadería y eligió doce facturas para acompañar el mate. Al pensarse sentado frente al querido Rafa se le encendió una ansiedad que aceleró su corazón. Desplegó el recorte que tenía en el bolsillo como quien memoriza un mapa antes de partir, y tocó el timbre. La alegría del encuentro se manifestó en un abrazo, interrumpido cuando Selmar protegió el paquete de facturas de las desaforadas palmadas de Rafael. Sin embargo lo encontró cansado, lo notó en sus pasos lentos, en las pau-

sas de sus movimientos, pero ese hombre solitario estaba feliz de verlo; lo supo enseguida.

Barreto le puso algo en los pulmones que lo hizo hablar dos horas seguidas. La charla eran preguntas; el viejo era tan huraño que con sus cortos “sí” o sus lapidarios “no”, lo obligaba a seguir preguntando aniñadamente. Todo acompañado por unos mates bastante calientes, que iban y venían ayudando a las hornallas de la cocina en eso de parar el frío.

Su padre había amado la poesía, jugaba con las palabras; tal vez haya inventado el crucigrama. Se aprovechó del apellido y homenajeó con el nombre de su hijo al bueno de Rafael Barret, a quien conoció en El Diario Español. Fue el día que mientras barría la oficina vio como lo echaban a Barret por el tono de un artículo. Barreto dejó el empleo en el periódico para trabajar en la limpieza de una escuela, Rafael Barret se fue enseguida al Paraguay, dejando una hilera desordenada de llamas libertarias, haciendo sentir “la infamia de la especie en las entrañas”.

Rafael Barreto hincha de Huracán. Memorioso como los elefantes y cerrado como un rinoceronte, era una biblia del anarquismo. Con mucha paciencia, Selmar le sacaba recuerdos y rearmaba lo que la historia fue borrando un poco con las verdades de los diarios oficiales, otro tanto de

forma más macabra, apagando cuerpos, exiliando, silenciando. Selmar sabía que la historia no olvida ni recuerda, que sólo escriben y borran las personas. Por esa razón indagaba, preguntaba. Se preguntaba. En ese andar no desdeñaba de los viejos, de la memoria, de las canas bien ganadas y escondidas de los olvidados.

Ya en la calle nuevamente, desplegó otra vez el viejo recorte del diario El Día como a un mapa ya recorrido y repitió para sí el nombre del húngaro hasta deshojarle sus sentidos. Szócs...

Templarios

“...Las puertas cerradas del templo fijan el rumbo de las miradas. Un ángel baja de su cruz y la transmuta en llave. Los hombres que no lo comprenden miran hacia adentro. Todo sigue igual...”

Los dos amigos esperaban en los escalones de una pequeña iglesia en el barrio de Almagro. Se había hecho temprano y con las nubes ya vacías de lluvia, la gente todavía no se decidía a salir. Los mármoles gastadísimos formaban ojos de agua no más grandes que un pie, donde Leónidas miraba como por un oráculo.

– No va a venir... –predijo de ansiedad deseando ver en una epifanía, al curita que le había en-

cargado la restauración de los marcos de unas pinturas.

— ¡Mirá el cordón! ¡Estamos en la cima!

Selmar, sorprendido y distrayéndolo señaló al hombre de la escoba que barría las hojas del cordón de la vereda. De la altura de la puerta de la iglesia hacia el este había una leve pendiente, por la que bajaba el agua hasta la boca de tormentas. El tipo volvió sobre sus pasos salpicando de agua estanca, delatando otra pendiente más leve pero de derecha a izquierda, hacia el oeste; esta vez el agua bajaba para el otro lado. Leónidas se paró de un salto y caminó hasta Treinta y Tres mirando hacia ambos lados. Volvió callado visando el descubrimiento. Los curas habían elegido el alto para construir, pero las casas de la ciudad fueron ocultando el dibujo geológico; cuando miraron para Quintino Bocayuva vieron venir a Ladislao esquivando baldosas con los pantalones arremangados.

Leónidas había hablado muy bien del cura y quería presentarlos. Trajo a Selmar para que le ayudara a cargar los marcos sin dañar las pinturas, e intuía que el encuentro entre ellos sería valioso. Le decían Ladislao o el ruso, pero era húngaro; sus alumnos lo rebautizaron así porque su nombre original era impronunciable. También le decían Tei, que significa leche; el pobre era tan blanco que en verano sólo cruzaba el patio por

los bordes sombreados, y así siempre llegaba después que el resto a todos lados, o resoplando cuando le encargaban llevar el desayuno al resto de los curas. Ellos necesitaban gente que supiera de oficios y ayudara con el mantenimiento del edificio que se destartalaba de a poco, y nos querían incorporar, material y espiritualmente. Mala idea.

Charlaron los tres bastante distendidos en una pequeña habitación que daba a ese patio enorme, soleadísimo una vez que las nubes emigraron. El húngaro dijo sorprenderse día a día de ese llano en el que Dios le garantizaba -día a día- su existencia al poblarlo de niños, en la luz del sol que él evitaba, en las noches de luna cuando las baldosas delataban un dibujo desigual. La perfección y la inmensidad frente a la alteridad de lo finito. Selmar no quiso confrontar pero su historia infería lo contrario. La alteridad que proclamaba como un bien movía al anarquismo, y buscó la aprobación de Leónidas -que se relajaba por tercera vez en la tarde- para largarse a polemizar; así resumió la historia de su ateísmo.

Navidades

“...De chico la navidad enardecía mi mística; buscaba en el cielo alguna manifestación de trascendencia; ¿en qué otro lado buscar cuando se es

niño? La escuela traería ídolos del deporte y nuevas religiones; por el contacto con otros nenes, los dioses de los ávidos mutan con premura, pero el cielo jamás. No conocía el mar, ni las montañas. Buscaba entre las estrellas con la certeza de ser visto quién sabe por quien. Y fue en las navidades donde hice mis primeras investigaciones filosóficas. Cómo no pensar en dios en esos tiempos de las nueces y el arbolito, de la gente desbordando negocios y de los babilónicos intercambios de tarjetas. Todos hacían referencias al hijo, al padre y a la virgen, a los animales del pesebre y a los reyes en Belén, pero la querrela sobre la existencia de dios cedía ante la expectativa de regalos inimaginados. Empecé inventando teorías que justificaran su existencia pero como siempre caía en razones inverosímiles un día glorioso terminé la cuestión con la anulación del problema divino sobre la divina persona. Todo pasó a ser más fácil...”

“...Pensar en dios, pensar en las estrellas era plantearse el infinito. Mis primeras experiencias me remontan al jardín de infantes. Recuerdo un patio grande en un colegio de la calle Pazos y una patota de pebetes con delantales a cuadros corriendo en malón hasta una altísima pared sin revocar. El patio también era a enorme y creo recordar un sol amarillo como un limón. Debo haber razonado que si lo infinito era dios y el

patio era infinito, dios estaba todo pisoteado por semejantes vándalos; no podía ser. Había escuchado que estaba en todas partes; fue en la cola del papero en el mercado Del Sur mientras mi mamá revisaba las cebollas de un cajón mugriento. Había dos viejitas vestidas de negro que recorrían enfermedades y remedios; las ancianas nombraban a sus maridos como el mío y el tuyo. Recuerdo también sus bigotes espinosos y el pañuelo de una de ellas que arrastraba los hilos de una telaraña destruida. Todavía no tenía agendada la palabra panteísmo, pero de eso se trataba. No recuerdo que aquello me turbara, dios en todas partes, como después el fútbol quedó descartado de mis creencias cotidianas...”

“...Pero los pastores insisten. A los veinte un cura de la iglesia San Camilo me quería convencer con sus ideas. Yo jugaba bien al futbol y en el equipo les hacía falta; antes de los partidos todos iban a comulgar mientras yo me quedaba pateando en la vereda. Esa alteridad desmembró uno a uno en su rebaño. Era duro de roer. Me había reafirmado como anarquista el día que Floreal del partido comunista aseguró que no me afiliaba por miedoso, cobarde y otros adjetivos descalificativos que sumó. Era muy difícil asumirse libertario, y pensar como posible un mundo sin estado. Justamente sin estado, en la época de la omnipresencia que venía del aparato buro-

crático, el crédito y las coberturas sociales. Pero el anarquismo daba la comodidad de zanjar cuestiones antes de empezarlas, y muchas veces daba las respuestas antes de buscar las preguntas; como en el fútbol, se trataba de una gambeta...”

Ladislao estaba bien formado y era capaz de sostener una disputa filosófica sin caer en arbitrariedades, sabía argumentar y decía que “creía en dios porque primero lo entendía”, como los tomistas. El muy pillo sin embargo, llegó a exclamar “creo para entender”, jugando abstrusamente con las dos posiciones entre fe y razón según su conveniencia. Esa mueca llamó la atención en los amigos, incentivando una sana desconfianza, al punto de indagarlo hasta el rubor. Leónidas viró el coloquio para el lado político y lo llevó a Europa. Así les contó de los tanques soviéticos y la época dorada de Puskas. Él había sido hincha del Honved.

Leónidas escuchaba atentísimo codeando a Selmar cada tanto para que devuelva el mate; estaban cautivos del relato cuando “Tei” recordó la charla que tuvo en Budapest, en su último viaje, con un anarquista muy anciano que decía tener un tesoro. El viejo, un latino que juraba pescar bogas en el Danubio le había pedido ayuda para encontrar a sus dos herederas en América del Sur. Ladislao lo tomó por loco y se limitó a es-

cucharlo cada vez que el viejo se lo pidiese. Ellos sospecharon que la historia estaba incompleta, pero su curiosidad iba hacia las revueltas contra András Hegedüs, dejando al viejo del tesoro de lado. Una sana turbulencia recorrió sus venas cuando Ladislao detalló la fecha de su viaje al sur: noviembre de mil novecientos cincuenta y seis. Algo había tenido que ver en la revolución contra el gobierno pro-ruso, no había ninguna duda. La pava permitió un último mate, y a medias prometieron reunirse lo antes posible. Llevaron con cuidado los marcos; a mitad de camino, Leónidas invitó a comer.

* * *

IV

Nocturna Buenos Aires

Sasha volvía del aeropuerto. El recorrido por las calles de su ciudad la sorprendió; desconcertada, descubrió que la pobreza había poblado las calles, mas nunca la hubiese sospechado tan grave. Ansiaba dejar las valijas y desmentir las imágenes que le entregaba la ventanilla del taxi con una caminata propia, disfrutar del aire fresco agitando su blusa, y comprar cigarrillos en un kiosco cualquiera para ir recobrando los sonidos de su gente.

En la vereda de una calle lateral vio a unos chicos comiendo pizza sentados en el suelo. Un sabor melancólico quedó en su mirada, ahora más cansada.

Al llegar a su departamento lo primero que hizo fue levantar el tubo del teléfono para asegurarse

que estaba comunicada. El tono perfecto del *La* que usaba para afinar la guitarra cuando era algo más joven la llevó a buscar su agenda. En menos de dos horas irrumpió en una reunión con sus amigas; nadie sabía dónde había estado. Ninguna de ellas sospechaba su misión. Quiso pasar desapercibida y logró lo opuesto.

Ángela y Esteban eran sus únicos testigos; además de cuidar la casa y al gato durante el viaje a Europa, disimularon ante los vecinos la ausencia de Sasha. Hasta que inventaron lo de la mudanza mintieron una leve enfermedad; leve para no llamar a males reales porque Esteban era profundamente supersticioso.

Sasha entró a la reunión entusiasmada con la música, saludó selectivamente de cerca o de lejos según sus afectos o su memoria. Casi no había desconocidos, estaba a gusto y se sentó en un sillón hundiéndose lentamente hasta relajarse y suspirar. De la terraza llegaban voces entrelazadas con gritos y fuertes carcajadas. Hablaban todos a la vez. Definitivamente estaba en Buenos Aires.

Ángela se sentó a su lado y la puso al tanto de su parte. Selmar había adelantado con su ensayo, desde que consiguiera los escritos de Reno el anarquista. El intento de atentado había sido exactamente el 28 de septiembre del diecinueve.

Dos chicas muy jovencitas, ambas embarazadas, salían de un consultorio médico de la calle Puán, llegando a la esquina en paso lento. Había un pomposo auto y gente; mucha. Se quedaron mirando la exótica escolta de un hombre extraño de largos bigotes, un gran saco y un bastón que parecía luminoso. Había curiosos. Por detrás apareció un aparente ladrón vestido de negro, frondosos bigotes amparados en una enorme barba, exagerada y desprolija. El desconocido sacó dos armas no muy grandes una en cada mano, y apuntó a las jovencitas. Eso pareció en un principio, porque el hombre del bastón estaba en el medio y totalmente distraído, pero atrayendo rápidamente los focos de ambas armas hacia su encorvado cuerpo. El de negro atravesó con la mirada el cuerpo del diplomático -la noticia en los diarios lo vinculaban al emperador Francisco José, muerto pocos años antes- y volvió a encontrar a las chicas ahora mostrando el susto en sus rostros aniñados. Pero no disparó, dio unos cortos pasos adelante para no errar el magnicidio, y mirando por tercera vez hacia las jóvenes que aterradas se habían tomado de las manos desapareció del cuadro en una súbita corrida. La payasesca guardia apenas reaccionó y devolvieron al viejo, asustadísimo, al coche negro que lo había traído.

Esteban interrumpió la charla con tres vasos de vino fresco y las invitó a subir a la terraza. Una escalera angosta los transportó ante un improvisado fuego sobre chapas y ladrillos. Se sumaron a una desordenada discusión filosófica acerca de palabras. Sasha dijo susurrando:

– Se habla de lo que se habla...

Ángela se protegió del frío acercándose a las llamas, distrayendo a Esteban para que no intervinga en la disputa. Sasha miró al cielo pensando en visitar a Selmar lo antes posible.

Fuego

Hay un fuego destinado a los seres que esperan; fuego que se mueve simulando vientos que no están. Cuatro o cinco maderas derramadas ahora son leños, devorados por ese pequeño infierno. Podrían haber sido cruz o barco, tal vez papel, baúl o viga. Sin vacilar, se vuelven luz solar en las faldas de una hoguera. Toda la seducción del universo concentrada en un estanque de cenizas.

Una mujer hermosa se enfrenta al crepitar. La luz de su mirada y la luz de los maderos dan la noche. Una mujer hermosa es encantada por ese pequeño infierno, que es como un volcán sin lava. En algún momento del tiempo el claro del cielo mezclará el tono de sus ojos. Ya nada se repetirá.

Pibes

Las dos cabecitas dan a la altura del disco del teléfono público. Uno de los chicos se agacha. Sólo un poco, casi sin detenerse. Justo para ver si en el hueco para el vuelto quedó olvidada alguna chirola. Si está esa tapita de metal que sabe lastimar los dedos de los grandes, con un sólo toquecito y una caricia al cajoncito de chapa infame sabrá si seguir la marcha o recoger el botín. Toda una técnica.

El otro chiquilín tiene las rodillas más gastadas. Su agachada llega al suelo y busca con los ojos: adelante, por debajo. Alrededor. Todo en unos segundos. Es una técnica, son un equipo.

Podrían estar pateando alguna globa, con las dos piernas, de bolea al vuelo de un mal pique -en el campito los piques siempre son malos- o de pasar más tiempo en el barrio tal vez hubiesen puesto mano en el Fitito de Carlitos, único auto en varias cuadradas, y ellos los únicos mecánicos. Podrían ser los mejores. Pero no.

Carlos ya no tiene para los repuestos y la bola se hunde en el barro, un poco más con cada lluvia. La técnica. El público y las monedas. Es natural, es parte de ellos: el sábado a la noche pasan una y mil veces por la puerta de la disco. Entre tantos tacos finos y marcas de planchitas en sus cabellos ellas no los sienten. Los pibes las tocan de irreverencia nomás, sin maldad en la profana-

ción. Es otro arte, otra técnica. Cuatro de la mañana y se juntan con el primo. Una pizza de uno ochenta que viene de regalo y el primo que se paga una cajita para la sed. Hoy se movió bien, pero los bondis ya no vienen llenos como antes. Los tres mastican el rocío, los tres pasean sus yemas por el borde de la masa, mueven los dedos por el frío del umbral, vuelven al barrio. El Fitito tapado por la escarcha, la puerta entreabierta, las monedas a la lata.

Prensa, prensa

Las mejillas de Sasha descansan en la almohada, las débiles luces de la calle burlan la cortina; suspendida en el silencio, alterna sus pensamientos entre esos niños que le habían pedido una moneda y la visita que daría en la mañana al diario; se durmió un instante después de vislumbrar el recuerdo del número dorado grabado en el vidrio de la puerta, en la que dejaba grabados sus dedos aniñados, pero de chocolate.

A la mañana, después de tantos años, Sasha vuelve a la redacción. Su padre la llevaba cuando tenía que entregar alguna nota fuera de hora, o para buscar entradas de favor a circos, cines y teatros. Ella se perdía entre desprolijos escritorios poblados con seres de anteojos y lapiceras en mano. Mientras su papá era atendido en la

única oficina que tenía puerta, ella recibía caramelos y papeles para dibujar, pellizcos en los cachetes y hasta el permiso para martillar en una máquina de escribir de sólo tres vocales, que esperaba al técnico en un rincón.

Lo primero que recibió en sus oídos al salir del ascensor fue la ilusión de la campanilla del carro de la Underwood. Ahora los caramelos estaban en un hermoso frasco de vidrio, sin nadie que los diera en complicidad. Ya no eran “para después de comer”, la burocracia los incorporó a la espera. Apenas saludó a la recepcionista y entró como si fuera la dueña, se encontró con un salón plagado de escritorios y monitores, cables, y aparatos que atraían para sí el polvo cósmico que descendía a través de un rayo solar. Volvió a saludar muy levemente y golpeó la única puerta a la vista en la oficina.

El director del diario donde su padre trabajó hasta el último día de su vida la recibió con un abrazo fortísimo; el hombre se mostró feliz de verla y cambió por una suave caricia los suaves pellizcones en sus cachetes de cuando era niña.

La llevó hasta un cómodo asiento, pidió a alguien un café con leche más un té, y le preguntó con demasiada ansiedad:

– ¿Pudiste averiguar todo?

“Todo” invocaba una historia que se extendía casi por un siglo, la vida de unos cuantos anarquistas pasados y presentes, un hermoso relato de amor y la investigación periodística de un escandaloso suceso que pondría al diario en el lugar que había perdido.

Sasha deja una carpeta absolutamente manuscrita y promete volver en unos días, también promete cuidarse. Pero Sasha no necesita promesas, al fin y al cabo es su proyecto. Termina su café con leche y se va despacio mirando algunas fotos expuestas en la pared. Aparece un gato que la ignora y alguien que retiene la puerta del ascensor. En el espejo nota que cuando sonrío atrae las miradas.

La falacia del Inside izquierdo.

El viejo había llevado una estadística bastante precisa acerca de los datos menos conocidos del mundo del fútbol rioplatense. Quiénes eran los olvidados, qué temas se escabullían entre las mesas de los bares para dejar paso a lugares comunes o verdades incuestionables capaces de provocar terribles cismas en los cumpleaños más amenos. Y de eso hablaba. Para decir con precisión, sugería, porque en el arte de la seducción oral era el mejor. Nombraba algunos jugadores de equipos chicos, leídos de su pila de diarios polvorientos o de algún Gráfico viejo que con-

servaba entre sus deshilachadas camisas y cajas de remedios que no tomaba; el puesto menos nombrado era el de defensor izquierdo, algo así como el ascensorista de la oficina al que vemos a diario sin integrarlo a las charlas de familia, trabajo o amigos.

Lo cierto es que sabía todos los número tres de los equipos chicos desde el 45 hasta el 76, año en que dejó de ir a la cancha cuando Huracán perdió aquel campeonato tan estrambótico.

Algo similar haría años después el persistente Lito Valenzuela, cuando se recibió de periodista, en sus “críticas y comprometidas” columnas del diario El Vestigio. Esa vaguedad que generaba incertidumbre y un respeto mal fundado, hacía funcionar una máquina reproductora de palabras, que se disolvía sin la menor resistencia ante la llegada de otro cliente, el recambio azaroso del tema de conversación, la presencia de un profano, o el agotamiento inmanente y natural de la sanata.

Otro pibe

El chico se agarra el pitito, mira el árbol pero vuelve sobre el taxi; abre la puerta y como puede pide unas monedas; algo recibe que no cuenta y junto con la mano, van al bolsillo. El pitito y las monedas bien agarradas, el árbol y las ganas. Ve

que se le va otro taxi y se resigna. Aguanta otro poco...

Resignarse a los siete. Es como jugar de arquero, mientras todos corren, todos patean y hacen goles, uno paradito al frío. Y cuando viene la pelota, con las manos. Resignación.

Sasha espera sin paciencia hasta que llega su turno. El nene le abre la puerta como a todo el mundo; ropas de *nenes bien* en la piel del pobre. Pantaloncito de corderoy y buzo de marca sin hacer juego, en plena primavera. Unas cuerdas después el auto se detiene por un semáforo en rojo y Sasha queda mirando a alguien que da vueltas mirándose las manos, alrededor de una parada de ómnibus.

– ¿Cuenta las monedas o se lee el destino? - Pregunta muy seria y preocupada porque el semáforo amenaza cambiar dejándoles la escena sin final.

– Las dos cosas, son lo mismo. -Contesta el taxista que esperaba hablar de lo que sea.

De pronto el hombre en la vereda estornuda de golpe haciendo caer algunas de las monedas. Se convulsiona, parece bailar, se toma la cabeza con el puño apretando bien los cobres. La cabeza y las monedas bien agarradas, mira por la alcantarilla y se lamenta.

Ella se ríe y sigue leyendo. El taxista baja un poco el volumen de la radio e insiste una conversa-

ción. No se produce. Venezuela al cuatrocientos, tiene que bajar. Paga y baja del auto un tanto temblorosa. Elige los adoquines de la calle y los pisa lentamente, hasta llegar a una angosta vereda de baldosas desordenadas.

Parece frágil, pero a Sasha no le importa nada ni nadie. Va a las cosas con una mano y las toma sin mirar, o las deja sobre el borde de la mesa, muy al borde. Puede ser que a veces esos objetos caigan a su espalda y se rompan como olas al final del mar; pero no importa. No le importa nada.

Golpea la puerta con un llamador con forma de puño y color de estatua. Intuye que no abrirán y ella misma se ocupa de hacerlo. Camina hasta el patio y una mujer se asoma de una de las puertas. Pregunta por Selmar y la señora le indica la escalera.

-Subí que está. Por el silencio debe estar.

Sasha no entiende la deducción pero igual agradece con una sonrisa y un lindo gesto de sus ojos. Antes de llegar lo llama despacio y Selmar no tarda en asomarse a la puerta para recibirla en el último descanso, apoyado en la baranda.

- Traigo noticias de Hungría, tengo un sobre para Azimel.

- Entrá que preparo algo caliente. No te esperaba. -Le dice mientras le ayuda con el bolso y un

abrigo que ella trae descansando en su brazo izquierdo.

El siente que la besa cuando recibe sus manos y la besa en los ojos, con los ojos. Esa visita no le hará bien; todavía no entiende como Sasha y él no siguen juntos. Fue Sasha quien le presentó a Azimel para que no estuvieran solos ya casi tres años atrás. Según ella fue la única vez que se preocupó por Selmar, y para Azimel era el hombre perfecto, el que tanto soñó cuando las complicidades de la adolescencia entreveraban sus deseos. Era ella misma quien los separaba ahora trayendo una larguísima carta y bastante dinero.

≈ ≈ ≈

V

Ámsterdam

Pipo era encarador. La primera vez que se cruzaron, él y la vendedora latina de la confitería Cruasán, sólo atinó a mirarla. Se angustió a mares por no haberle dicho nada en los ojos y estuvo deprimido todo el día por su cobardía ante el amor que inmediatamente presintió nacer.

Entrar a la confitería se había convertido en una telenovela para exportación. Todos los piropos vencidos eran esgrimidos por Pipo en su versión más cursi ante la vida, cada palabra era medida como con calibres de precisión alemana. Nada de sorpresas ni lugar para la espontaneidad. Todos eran víctimas de una incomodidad graciosa e involucrados torpemente, enmarañados de panes y susurros.

Él tomaba el paquete de bizcochos como si ella le entregara los dedos para las alianzas; creo adivinar dos piernas cruzándose detrás del mostrador, temblando, diciendo sí a todo. Pipo se daba vuelta de un golpe buscándome a su izquierda, escondiendo la sonrisa tras un “vamos botija” porque nunca me llamaba Iván. Se sentía un verdadero galán, pero cobarde.

Repartíamos el vuelto y enfilábamos al cordoncito de la playa de estacionamiento, justo enfrente de la confitería, para comer tres facturas cada uno, o bizcochos, según la denominación a uno u otro lado del río. Me imagino a la vendedora buscándonos entre los autos de la avenida, enamorada del bueno de Pipo por su galantería, pero también por la puntualidad. Siete minutos tardábamos en salir de la fábrica, cruzar la avenida y caminar hasta la panadería. Era evidente que allí no trataban bien a los empleados, todos cabizbajos y sumisos, rendidos a esa hora de la tarde. Él era su remanso, y la puntualidad le daba seguridad, previsión, preparación.

Pero un día llegaría la traición. Algo pasó. Habíamos llegado a la esquina de la pensión, y mirábamos un auto viejo —raro en ese mundo que se renovaba minuto a minuto solo porque sí— estacionado detrás de una camioneta gigante. Justo de allí salió Azimel —de quien todavía no sabíamos nombre ni origen— entre una marea de

esquives y miradas. Su presentación en el barrio yorugua del sur de Ámsterdam fue cruzar la calle como aprendió en el microcentro de Buenos Aires: mal.

Hizo tres o cuatro pasos delante de nosotros y se metió en el pasillo del hotel, ¡devorada por nuestro propio edificio y no la conocíamos...!

Tardamos un rato en hablar de ella. Mientras el auto se alejaba desapercibido Pipo hizo el primer comentario. Era demasiado bonita para tenerla de vecina; nuestra europea pocilga no se la merecía y nuestra tranquilidad interior tampoco. Nos enamoramos de ella.

Los primeros días ideábamos estrategias para enredarla en una conversación. Aún no había pronunciado una palabra en español, lo que extendía la distancia. Estábamos embobados con la “holando-desconocida” producto de nuestra soledad, sin lugar a dudas.

Nunca imaginábamos que ella buscando Hungría fue a parar a Los Países Bajos, quedando su valija esperando en el aeropuerto de Budapest. Nosotros que apenas nos comunicábamos con señas en los negocios o que elegíamos qué comprar según hubiese o no vendedores inmigrantes, preferentemente latinos y si eran mujeres mejor, ignorábamos entre tantas cosas, que aquella muchachita espléndida hablaba el dialecto del sur, del vos y el che, del mate y el engaño.

En el trabajo Pipo parecía un embajador, o un agente de turismo. No dejaba de contar de su tierra porque los europeos tampoco dejaban de interrogarlo. A veces les mentía un poco entreverando las historias, los países, los paisajes. A partir de aquellos días, Pipo dejó el espíritu del candombe para vestir provisoriamente la furia existencial del tango.

Genealogía de ferias y atentados

La vida y la muerte en los platillos de una balanza en la feria de Asunción y Yi. Bolsas y monederos se disputan la ciencia. Territorio donde el oro no arrienda sueños ni los boniatos se nombran en las poesías. El perro vagabundo busca una correa, mientras un brazo musculoso tironea de sordos ladridos vacunados.

La vida y la muerte en los pasillos de un hospital. Sueños y pañales se disputan las lágrimas. La arboleda de las calles deja pasar la luz del sol en fragmentos móviles y desprevenidos. Dos escolares se entretienen inventando; la moña les molesta un poco pero están acostumbrados. Uno de ellos se saca la túnica y al guardarla barre el suelo ennegrecido de tanta marcha. Juegan en las escaleras del hospital sin reparar en la pareja que sale con un bebé empacuetado en una manta. Una señora mayor duda en los peldaños, les toca la cabeza y vuelve a su preocupación.

Uno de los furgones que hacía de almacén era atendido por un hombre mayor cuyo abuelo había estado en Porto Alegre con Giovanni Rossi, el fundador de la Colonia Cecilia. Su padre tuvo que irse de Montevideo perseguido por anarquista; se escondió con pelo engominado, traje prestado y unos lentes que le hacían ver borroso, en la casa de Floresta donde se criara Iván años después, en Buenos Aires.

Expulsado del empleo cuando pertenecía a la FORA, perseguido por la policía, el abuelo de Iván recaló en el barrio de la Aguada después de cruzar el río en un barco Genovés. Ese enroque de abuelos iba a hermanar en el futuro a Iván y a Pipo para toda la vida.

El nono oriental pasó su vida refutando el argumento de los socialistas autoritarios que rezaba la inviabilidad del anarquismo. Ellos usaban el fracaso de aquel intento en el Brasil, que en un principio había entusiasmado hasta a las propias autoridades que se simulaban progresistas, él les devolvía el golpe mostrando una carta de Luigi Fabbri a Lenin. Tanto bregó para mostrar que había algo más que amor libre y atentados en el sueño de los ácratas, que se fue quedando solo; pero esos pocos que le rodearon bastaron para mantener la llamarada ácrata encendida. Sabía de la oportunidad y la esperaba; como al tigre de los

montes, los años le sumaron paciencia a su sabiduría.

En cambio, el abuelo porteño sufrió una fecunda contaminación marxista al contacto con los socialistas y los comunistas del margen oriental. Siempre resaltó la diferencia con los “camaradas” autoritarios de su tierra, tan ausentes de comunismo. Ese optimismo se extremó y despertó una ansiedad que paradójicamente lo llevó a descreer en los obreros de los que se rodeaba. Más que una utopía, la revolución le parecía una fantasía inalcanzable.

La derrota de la revolución española lo refugió en las largas lecturas narrativas y en el encanto de su oficio. Respiró aliviado cuando su único hijo regresó de la guerra sano y salvo, quién lo hizo respirar aliviado por segunda vez el día que le regaló la vida naciente de un nieto varón. El nombre de Iván fue elegido por él.

Los hijos nacidos en sendos exilios habían peleado juntos en España contra el fascismo, y ahora los nietos ejecutaban un golpe demasiado audaz, parido desde la memoria. Herederos contra herederos.

Dos amigos.

Una tarde igual a todas, en su taller de tornería de la calle Yaguarón, Don Pepe recibió visitas de Buenos Aires. Su compañera pintaba en el sa-

loncito de atrás, acompañando en silencio el brillo de las limaduras esparcidas con el ir y venir de las pisadas.

Como saldo de la visita quedó un paquete de papeles manuscritos, algunos volantes muy deteriorados y una hoja escrita a máquina con fecha muy reciente. Pepe se refregó las manos durante un rato con una mezcla de aserrín y detergente que recogió de un tacho azul, mientras controlaba que todo quedase en orden. Se enjuagó a las apuradas y caminó tranquilo las pocas cuadras que había hasta Asunción para ver a su viejo amigo antes que levante el campamento. Todos en la feria estaban de limpieza, guardando cajones o cerrando los furgones. Un muchacho que mostraba una pacífica demencia se llevaba frutas frescas que no pudieron ser vendidas y dos gurisitos que andaban por ahí gastaron unas monedas en un dulce de leche suelto, envuelto en un grueso papel madera, y se lo comían con los dedos. Fue la última venta.

Pasada menos de una hora Don Pepe y Don Cosme se tomaban una caña en el boliche de la esquina al lado de la ventana porque Cosme tosía si le llegaba el humo de los cigarros. Miraban deslumbrados los papeles como si miraran fotos antiguas. Se reconocieron en algunas letras y se interrumpían a cada momento porque el tiempo no alcanzaba para todo lo que tenían que co-

mentar. La carta de Reno detallaba el atentado y su estancia en el escondite de la calle California, su huida y su destino final que ninguno de los viejos llegó a conocer con fidelidad. Parecían niños.

La mañana del adiós.

“El sol es una esfera de espuma anaranjada. Tiene dos minutos de vida, y morirá para seguir siendo el sol. El sol de todas las personas. Y es así la marca de tu paso por el bosque. ¿Cómo se verá la luna al repetirse entre tus ojos?”

Reno se despidió de Mariel en una larga y des acostumbrada salida nocturna; las palabras iban y venían como las hojas de otoño. Las palabras descontroladas hacían sentir que sus libertades no eran dones de un demiurgo, brotaban como el rubor de Mariel cuando Reno le tomaba las muñecas; fue en esos decires cuando ella le advirtió que no lo iba a llorar si le pasaba algo.

Él aseguró que nada pasaría, ella acompañó su decisión con entereza; íntimamente sabía que podría suplantar a Reno en su acometida, se sentía libremente entregada a la causa y aceptaba su rol. Reno se hizo el distraído, señaló al sol que nacía entre los árboles y se aseguró que la carta explicando el atentado estuviese en el bolsillo del

saquito de hilo color canela que abrigaba a Mariel.

Esa mañana, como todas, Reno fue al taller, pero se desvió una cuadra antes para recalar en la puerta de la fábrica de galletitas. En el amontonamiento general y entre las bromas de los obreros antes que se abriera el paso, un calabrés tan grandote como tosco puso en sus manos un paquete con la barba postiza, un bigote pegajoso y despeinado que parecía un insecto y dos pistolas desparejas en perfecto estado, en un estuche marrón. Antes de la campana de entrada y la apertura del portón gris que los chicos de la cuadra usaban como arco por las tardes, Reno volvió sobre sus pasos hasta el boliche de don Gregorio. En el bar transmutó su aspecto, cerró los ojos y agitó imaginariamente una bandera negra. Al encender nuevamente la mirada su corazón partió a la mansión de la calle Puán a matar al húngaro.

Encierro

Reno pasaba su cuarta noche encerrado en una pieza. Tenía que cuidarse; impávido ante el miedo, una mezcla de rabia e inconsciencia lo tentaba a salir. No le faltaron papeles en blanco ni ganas de comer. Tampoco la comida caliente. El

mate siempre fuerte, el agua caliente y el cariño de la señora Anita colmaban su arsenal.

De pronto había descubierto que estaba descansado, sus piernas no se paraban sobre el dolor de levantarse en las frías madrugadas, su sueño se había vuelto suficiente, y en las noches no moría abatido al darse a las cobijas deshilachadas. Su descanso era acompañado por una mesita de luz repleta y desordenada. Supo aprovechar el tiempo, meditar sobre sus pasos —que no excedían de tres sin encontrar la pared de madera o la ventana que daba a la calle California.

Una tarde lluviosa se dejó ganar por una siesta. Así supo que tenía que escapar. Trató de entender el murmullo de unos nenes que jugaban bajo el agua, y en un papel mimeografiado dejó caer algunas letras en el reverso.

“... Chicos, ciudad roja, lluvia. Chicos en la vereda, barcos en la esquina. Allá un salto; otro aquí... la baldosa se mofa. Da igual; el olor al río asalta la ventana...”

Sublimación

Desde que llegó con la carta y el dinero, Sasha no había cumplido su promesa del llamado telefónico a Selmar. Un contrato tácito velaba que no fuese él quien promoviera el encuentro.

Las entrevistas que hizo en ese día confirmaron el paso de Reno por el Uruguay antes de escapar definitivamente a Europa. Mariel escribió durante un año falsas esquelas, que llevaron a los departamentos de policías rioplatenses a detener por unos días a un italiano prestamista llamado Reno Bonetti, abusador de obreros. Cuando la farsa se descubrió Reno se había disipado en el viejo mundo; Bonetti regresó a su casa que ya había sido desvalijada por los anarquistas montevideanos.

Selmar caminó las cuadras desde la estación hasta su casa con pasos largos y apurados; el viento frío en sus ojos cansados le apuraba el sueño. Su deseo lo invitaba a una indisciplina a la cual no cedería, quería tomar su vaso de caña antes de terminar la cena -que ni diseñada estaba para entonces- y dejar las noticias de la radio para el día siguiente. Quería ir directamente al estante de los discos y buscar una pista con saxo que lo lleve directamente a la mañana siguiente con el pecho caldeado por el licor. Lo hizo sabiendo que el hambre le jugaría a traición rondando el alba, sabiendo que serían dos los vasos, o tres o todos.

Antes de dormirse en el sillón levantó la púa que rebotaba una y otra vez en la etiqueta del vinilo y llevó el cuaderno de poesías a su mesa de luz. “Tengo ganas de verte”, escribió entre dormido

sin saber si la luz ya estaba apagada y si había respetado la línea del renglón.

Por la noche, en una de sus pocas vueltas y sin saber si la luz estaba encendida o apagada, tachó levemente “verte” y escribió “besarte”, y se durmió escuchando el saxo que lo acompañó durante el día, durante el viaje, y en la cena que no fue.

Lápiz blando

Selmar tiene la mente puesta en su relato. Piensa en sus personajes, piensa en Ariadna como un demiurgo que diseña al viento. En los márgenes de sus apuntes escribe para ella:

“Cuando Ariadna pone sus manos sobre las cosas, usa siempre el centro de la mesa; este vaso, aquella botella de ron, aquel cuaderno; sometidos con sus manos, durando los momentos. Lejos del borde. Ariadna se sienta a mirarlas, y las acaricia con sus ojos llenos para que esos cuerpos vivan. Se iluminen y tomen aliento.”

Conoció a la Ariadna verdadera en una tarde de mucho frío, comprando lápices de grafito blando para intentar dibujar unos bocetos. Mientras se decidía entretenido acariciando con la yema de los dedos las pequeñas gomas de borrar que coronaban los lápices, la impaciencia del vendedor aumentaba haciéndose ver en un rojo intenso desde el cuello hasta la frente. El hombre ma-

yor, algo canoso y desarreglado, con un movimiento eléctrico en los dedos de sus manos martillaba la vitrina. Debió ser muy notoria la expectativa de la venta porque una risa suave y seductora a sus espaldas lo trajo de nuevo al mundo. Selmar dejó los lápices sobre el vidrio separando un hermoso ejemplar dos be pintado con líneas de colores negro y rojo, y tímidamente miró a los ojos de Ariadna, nombre que no imaginaba en nadie desde los últimos dos mil años, y menos en la clienta que lo seguía en el turno.

A la pregunta del vendedor -que ya se veía calmado- si deseaba algo más, afirmó fervoroso y completó el pedido, azarosamente, con papel de buen tamaño para dibujar, un cuaderno y una lapicera que le ayude a ser prolijo. El vendedor ofuscado negó que hubiese algo así:

-Eso se logra con paciencia y disciplina. No se vende. -Dijo demasiado serio.

Ella sonrió por segunda vez dejando ver que estaba al tanto de sendas incomodidades; elegantemente le hizo saber al vendedor que no tenía apuro, y le invitó a atender tranquilo. Con Selmar compartieron sus miradas premonitorias, sin poder hablarse. Alguien entró preguntando por un colectivo y cada cual le recomendó un lugar distinto. El agradeció al cielo que la gente esté perdida en Buenos Aires y aprovechó para preguntarle por qué lo mandaba dos cuadras hasta el parque para tomar un colectivo que paraba a

veinte metros de allí. La respuesta lo dejó perplejo: "...por el parque, porque si el ómnibus tarda se puede entretener mirando los sellos de la vidriera de la numismática, porque caminar hace bien...".

Se animó a preguntarle si podía escribir eso en su novela, si vivía cerca y también quiso saber su nombre. Ella solo lo miró pagar y se dirigió al ansioso vendedor que evidentemente tenía algo que hacer en otro lado porque no cesaba de mirar hacia el fondo del local. Selmar la esperó en la puerta y le pidió que repitiera los motivos antes dichos, con el cuaderno y la lapicera prontos para oírla.

Nunca quiso conocer nada de él. Aseguró que su mundo estaba completo, lo remitió a Parménides y solo aceptó hablar con el escritor, en el parque para saber de su libro, aunque en ese momento ya estaba siendo parte.

Una de las pocas veces que se volvieron a ver fue en un feriado, en un café chiquito y prolijo, en el barrio de Villa Devoto. Una de las ventanas daba a una parroquia. Allí se contaron, una a una, la cantidad suficiente de historias y anécdotas como para armar dos libros. Selmar envidiaba su soledad. Ariadna se asombraba enrojecida de estar entre sus letras. Selmar respetaba la distancia que interpusieron, Ariadna era el valle y los caminos, vivía en la distancia y estaba bien.

Pudieron ser amigos. Prefirieron leerse en los afluentes sigilosos. Nunca se extrañaron.

“La descubro en las noches de frío en cada vidrio empañado. Solitaria como puma sin sus crías, enamorada del silencio”.

Semanas trágicas

La segunda semana de enero de 1919 hubo mucha tristeza en Buenos Aires. Demasiado luto. Inédito y exagerado. Un exabrupto que la historia borraré de los libros escolares. Mariel estaba fría y temblorosa, acompañando el cortejo, aprendiendo, descubriéndose en los pasos pesados de sus pares. La locura enemiga fue tal que las bandas de asesinos entraron al propio cementerio a tirar contra los rojos, pero el miedo no la inundó ni mucho menos. Un alemán, camarada de la fábrica decía que lo que no lo mataba lo hacía más fuerte, y eso causaron las balas que erraron en los blancos de esos días. El movimiento se generalizó. Ese descreído nihilista que leía en la hora del almuerzo y hablaba con sentencias se volvió hacia el socialismo. Solos no podremos con estos bárbaros, exclamaba en un acento de erres arrastradas.

“Hasta los bomberos nos tiraban” diría el italiano de la pieza del fondo en el conventillo lindero a la casa de Mariel. La propia Mariel no

dejaría de releer los periódicos de los socialistas, de los anarquistas, y algún folleto que traía noticias y pensamientos de las revoluciones que se daban en Europa a partir de aquellos días de truenos. Para entender mejor aquellas confusas controversias entre sus propios camaradas no dejaba de preguntar a Reno, en quién confiaba como un ángel. Sabía de Louise Michel tan poco como del balneario de Mar del Plata, pero se sentía una comunera. Imaginaba la abolición de las diferencias frente al ejército de Versalles, pero le costaba creer lo que veía con sus propios ojos: un odio encarnizado entre sus propios pares.

En un periódico del Partido Socialista encontraba que "... el comité ejecutivo cree conveniente la vuelta al trabajo...", y en un comunicado de la FORA, "... proseguir el movimiento huelguístico como acto de protesta contra los crímenes del Estado consumados el día de ayer y de anteayer...".

Solo ella sabe de la impresión en sus manos blancas, al curar a Reno de una bala en el brazo, la noche del sepelio del nueve de enero en Nueva Pompeya. Nunca vería tanta sangre, que Reno aseguraba era poca o casi nada, como si quisiera una mayor herida, para mostrarle al enemigo su rudeza.

Desde esos días, Mariel no cesó en formarse políticamente, ahondar en la teoría, marcar los libros y renegar de las banalidades de los diarios burgueses. Solo le faltó viajar y sentarse a escribir. El mundo del trabajo serruchó parte de sus alas pero no su corazón. Ni sus banderas.

* * *

VI

Regalos

Durante varios días Leónidas encontró en su casa, señales de las charlas con Jazmín. Lo tomaban por sorpresa, lo atacaban al abrir la puerta de algún mueble cayendo en su cabeza; libros fuera de lugar, discos cambiados de caja o el colador del té en el lavadero como cuchara para el jabón en polvo. En los días que ella estuvo de vacaciones atinó a poner las cosas en orden, pero Jazmín volvió. Regresó con ganas de hablar y mil preguntas para hacerle; antes de pasar por su casa lo visitó sin previo aviso, dejó los bolsos en el piso y le exigió muy dulcemente un desayuno.

Él era su laico confesor. Ella cargaba contra el muro de la realidad sin hacerse el menor daño, como si ese choque estuviese amortiguado por

una enorme red de flores y hojas suaves. Antes de devolverla la llenaban de caricias, de perfumes, de frescura. En poco tiempo arremetería otra vez, y otra, y otra. Sus paquetes de sueños eran protegidos del desengaño por Leónidas, que jugaba al profeta. Pero él solo era alguien apenas unos años mayor. A veces con simples gestos hacía que Jazmín reflexionara sobre sus dichos, otras veces la miraba con desconcierto, y ella entendía.

Una noche apareció con una libreta que transformó en agenda escribiendo desprolijas iniciales en el borde derecho de las páginas impares, bien arriba. Omitió la eñe, la cu, la elle y la doble ve para que alcancen las letras; como se equivocó en la cuenta su agenda no tenía zeta y vio eso como un buen augurio. Llenó algunos renglones con nombres conocidos para hacer una venta personalizada, en puerta, de artículos probados en calidad y necesarios mes a mes de aquí a al menos seis o siete años. El tiempo que tardaría en convertirse en antropóloga, según su propio decir, como si se tratara de una metamorfosis. Con un poco de relaciones su agenda crecería hasta armar un número aceptable con una ganancia aceptable y un esfuerzo aceptable, que no era mucho.

Entre los precios de un volante de empanadas a domicilio hizo otra lista que si le iba bien sería su

capital inicial: algunos discos de jazz que podría volver a conseguir, y otros de rock ya superados, todas sus novelas -cinco- para conocer nuevos autores y algunos libros marxistas de malas ediciones para empezar algún día leyendo “el original”. Siempre prefirió las fuentes a los comentaristas. Siempre había hecho lo contrario.

Faltaba saber que vender y eso mismo fue a preguntarle a su profeta personal; este largó tal carcajada que despuntó su desengaño. Entusiasmado con la lista le aconsejó conservar los discos de jazz y que apurara la venta del resto, que en poco tiempo no servirían para nada; le pidió prestado el libro de Kundera y se acordó que había comprado Miseria de la filosofía para comenzar con Marx “por un lugar intermedio” y e intentaron leerlo juntos.

Las muecas de Jazmín mutaban minuto a minuto y algo enojada le espetó:

– Yo había pensado en regalos. Todo el mundo hace regalos al menos una vez por mes y los termina comprando de apuro. Yo puedo dar ese servicio. Con una lista anticipada y un par de datos del cumpleaños, de la relación y del entorno le quitaba ese problema a sus cliente y duplicaba la sorpresa al abrirse el envoltorio.

Leónidas levantó un poco la ceja izquierda quizás para verla mejor y le apuntó a los ojos.

– Lo del entorno es porque mucha gente regala pensando más en los que ven alrededor y después comparan, critican, dictaminan; yo tengo que atender todos los casos –dijo justificando la idea, pero ya vencida.

Como no vio el termo con el mate fue hasta la cocina y puso agua a calentar. Leónidas se buscaba en la ele escrita con birome azul en el margen superior derecho de las páginas pares y sólo encontró un “López del taller de marcos”. Así se acordó que tenía que limpiar sus pinceles y volvió a lo suyo murmurando enmarcado en su sonrisa.

Anónima

Sasha baja del ómnibus en plena noche. Un coche larguísimo, iluminado como un barco de fiestas en el puerto, y se queda unos minutos parada en una esquina, una de las cinco o seis que alcanza a contar en ese lugar.

Un monumento cruzado por varias avenidas y muy pocos autos. Hay una plaza hacia la izquierda que lo hace todo más grande, más extenso a la mirada. Una diagonal agrega más esquinas, parece invitar a subir al cielo ahí nomás, a unas diez cuadras al norte. No sabe que el hombre del caballo de bronce es el Cid, y lo bautiza a su antojo. Elige la calle más pequeña, apura el paso entre las líneas blancas del piso asfaltado antes que lleguen los autos de un semáforo lejano y se

interna en un barrio algo distinto, más sereno, silencioso, perfumado. Es la calle Rojas.

Un árbol pequeñito de flores también blancas parece decirle “es por acá”; hace pasos cada vez más lentos y se deja llevar. En la puerta de una casa hay una reunión social -al menos da esa idea- y piensa en preguntar por una casa verde de ventanas grises. Descarta la idea. Un matrimonio que se separa del grupo y se aleja señalando los números de las casas, delata que el grupo no era tal, y que no es la única que busca un destino. El resto del conjunto es desgarrado por un viejo que se va rengueando entre los autos estacionados, los chicos que se quedan resultaron ser la mitad que ganó de un partido de fútbol nochero.

Después de varias cuerdas de intuiciones y vagos recuerdos de las indicaciones de Selmar, decide doblar. Dos hacia la izquierda, y choca con la casa toda verde salvo la ventana, alta y gris. Decide esconderle sus ojos y su voz. Saca de la cartera de hilo tejido un papel escrito y sin firmar y lo hace entrar en la ventana. Camina hacia la esquina y se pierde por el lado de la estación de trenes, que aunque no le gusta la acomete sin dudar.

Mientras Sasha piensa en lo tétrico de aquellas vías, y escapa de la garganta de la noche lejana, él toma el papel encontrado, lo lee y deja sobre una

mesa de madera. Busca otro papel en blanco - varios a la vez para hacer más blanda la escritura- y piensa en esos ojos tiernos que esta vez no pudo ver. Lee otra vez la pequeña carta, algo arrugada y sin firma: “escribime, no dejes de hacerlo...”.

El café se vuelca en el fuego, él piensa en aquella mirada y se entusiasma con el juego, hace andar la tinta que como el café, se derrama por sí misma. Y escribe.

Por tres noches escribió sobre ella. Desordenadamente, como pinceladas en una pared interminable. De vez en cuando algún retoque, alguna idea que se repite al hurgar en su memoria, por ejemplo la sonrisa. La vio sola, escribiendo, acompañando con los labios la forma de las letras. La vio con la taza de té en la mano un poco para contagiarse la temperatura, un tanto para tener algo caliente cada momento que quisiera refregarla contra su boca. Un capítulo completo dedicado a un amor desconocido. Pasarían varios meses para que se encuentren con tiempo para mirarse y decirse algo, o para dejar que el silencio se tome su tiempo.

Sasha había conocido a Selmar en una reunión improvisada en casa de Leónidas, en una noche extrapolada del calendario. De esas en las cuales recién se mira el reloj cuando alguien descubre

los sonidos del mundo del trabajo. Jazmín se había dormido en un sillón con el mate estacionado en un hueco que hizo con el antebrazo cercando el almohadón. Leónidas comenzó a cambiar las cosas de lugar simulando acomodar una casa estructuralmente desordenada, sin dejar de mantener intacta la conversación. Esos gestos inconscientes fueron delatados por Selmar que dijo:

– Es tarde, dejemos a Jazmín dormir tranquila y vamos.

– ¿Leónidas se tiene que ir verdad? ¿Está molesto?

– No, él es quien enciende las mañanas.

Caminando hacia el colectivo Selmar le explicó a Jazmín que su amigo trabajaba de noche y dormía de día, y le preguntó por sus mañanas, si trabajaba, si se iría a dormir... No se animó a invitarla a desayunar, además tenía que ir a la oficina, detalle que había quedado en el olvido. Así llegaron hasta la parada del colectivo todavía despoblada y se contaron algunas cosas. Ella quería disimular su encantamiento mirando las veredas empañadas. Selmar dio más detalles de su libro, del que había adelantado partes en la charla durante la cena, y le contó sobre su mudanza en dos semanas. De Caballito a San Telmo, de lo nuevo a lo viejo, del ruido del colectivo noventa y dos al silencio de un altílo.

En ese momento Sasha le confió la historia de su abuelo, temió que la mudanza fuese algún exilio extraño de Selmar, y necesitó un lazo, un delgado puente que los mantenga en relación. Ella sabía que él se interesaría de inmediato, y además sentía cierto orgullo del nono que nació en el medio del océano en un barco de los Otomanos. Los puentes están para cruzarlos, y Selmar anotó en la cajita de los cigarrillos de Sasha su dirección, que ella rigurosamente perdió dos días después. Sólo le quedó la mención de la casa verde en el viaje de regreso, pudo recurrir a su amiga Jazmín, pero prefirió valerse por sí misma.

Estación caballito

Estación Caballito, lado norte de las vías. Dos rieles se desvían para desembocar en una circular pileta de cemento, cruzada por un puente de durmientes y unas sólidas ruedas que lo sostienen -al puente- entre papeles que juntó el viento, cartones y botellas vacías.

Todo esto ya en medio de la plaza; casi a una cuadra de la estación. Una locomotora se acerca, muy despacio; tanto como el día. Lenta y pesada. Si, una locomotora que arremete contra la plaza, como un cíclope amarillo y sucio. Sin que llegue a detenerse bajan dos tipos que con pasos parejos, se adelantan a la mole. Todos alrededor miran la escena.

El monstruo viene atrás, los hombres toman cada uno de un costado de ese puente que atraviesa la pileta y que también tiene una vía encima, acomodan acero con acero. Los nivelan y forman un solo camino que termina justo ahí...

Mientras tanto, Selmar pensaba la locomotora como si tuviese vida propia, como un viejo dinosaurio cansado de tanto envejecer. Parece mentira pero los dos hombrecitos empujan y mueven todo ese artefacto que ya no es puente sino calesita y lo hacen girar. Ciento ochenta grados y la mole que ahora vuelve hacia el oeste.

Las madres salen de la escena y sueltan las manos de sus hijos; el hormiguero de hombrecitos, nenas y pelotas se echa a andar otra vez. Un perro se anima a ladrarle al mastodonte corriendo hacia la calle Rojas. Lejos de morir el dinosaurio va por su tren varado en la playa de cargas a unos metros de la cancha de Ferro. Selmar busca en sus apuntes.

No hay lugar para este cuadro, se lamenta, busca un banco al sol y se sienta a esperar. En pocos días dejará ese barrio de espacios extendidos y calles vírgenes, pero sabrá volver.

* * *

VII

Disciplina

Un uruguayo, un argentino, dos húngaros tan jóvenes como aquellos, dos chicas alemanas que hablaban muy bien el español y una luminosa rioplatense llamada Azimel consumaron la hazaña. El plan casi se estropea cuando las chicas quisieron quedarse en la mitad de camino, en Nüremberg, pero la historia fue pertinaz.

Con las indicaciones de Sasha apuntadas en un cuaderno de hojas lisas, Azimel se adelantó hacia Budapest consciente de su encanto. Absolutamente despolitizada, vivía esa aventura como un desenlace inesperado en su novelada vida suburbana. Unos días después partiría el resto sin poder asumir como cierto el cuento de la valija por un lado y la pasajera por el otro.

Las chicas alemanas habían vivido en Buenos Aires en un viaje de estudios. Se habían dedicado al peronismo y a la educación libertaria en tiempos de la huelga de inquilinos; la calidez y la amistad que recibieron en esos cortísimos años permitieron descubrir la historia de Reno, hilvanando relatos, testimonios, datos y fabulaciones. Los dedos de Pipo martillaban cuanto objeto se dejara percutir, un Iván extrovertido y fascinado atraía cuanta mirada deambulaba en el tren. Natasha y Steffi se cansaron de tanta indisciplina y amenazaron con bajar a mitad de camino y seguir a dedo.

Los diarios usaron la palabra “perpetrar”; los políticos de izquierda señalaron indignados a los aventureros; los jóvenes anarquistas lo pensaron como “reparación”; los viejos anarquistas hablaron de justicia. El secuestro del magnate húngaro Szócs, pariente directo del millonario que tantas tierras había comprado en Sudamérica a principios de siglo, resultó el golpe que Selmar nunca hubiese imaginado para su novela. Impensablemente sencillo y prescindiendo de toda violencia redentora. Propiciado por la tentación y el gusto por el derroche forjado a fuego en todo rico, el yuppie Sandor Szócs largaba su tercera participación en el Rally de Transilvania, en uno de sus tantos autos. El copiloto, un militante libertario que trabajó unos años en su empresa

hasta ganarse su confianza plena, se dejó reemplazar por Iván minutos antes del semáforo verde. Pipo tamborilleaba con dos llaves cinco dieciséis en unos tachos aceitosos entreteniéndolo a los mecánicos. Ese impostor jocosos y percusivos le llenó la panza de mates antes de largar, y dejó dos termos más en la guantera para completar de inflarlo en el derrotero de la primera etapa. Sándor creía que con ese ritual de los indios del sur, de las tierras verdes de donde fluían sus nobles plusvalores, se estimularían al extremo reflejos y avidez.

En uno de los baños del final de la primera etapa acabaron sus sueños deportivos. Iván, que nunca había sacado el registro para manejar autos hizo el tramo de la segunda parte con el millonario envuelto como un matambre en el baúl. Tiraron el auto a un río y escondieron al ricachón en un pueblo rumano habitado desde siempre por húngaros que quedaron del otro lado del mapa. De allí eran los camaradas Janos y Peter, que conocieron a Reno Gizzi con casi cien años, “pescando truchas” en el Danubio. La mitad del dinero del rescate iría a la familia del inocente italianito al que culparon en 1919 el día que Reno se despidió de Mariel en la mañana y luego se abstuvo de disparar contra el magiar.

Destinación

“... que no disparó su arma por cuidar la vida de dos jovencitas que pasaban por el lugar”.

Leónidas supo la historia en un café de una avenida de Belgrano, la noche que compartió mesa con una desconocida que la suerte y el destino sentaron frente a él. No iba a ser Leónidas quien se opusiera a la ananké, cuando hurraño como pocos en un impulso decidió salir a caminar.

La misma compulsión sintió en la puerta de un hermoso bar de luces amarillas, bajas como la música que escapaba de las ventanas, y logró entrar hasta fondear en la única mesa libre del lado de Libertador. Extraño en ese mundo alegre de sábado a la noche pidió café flambeado y descolgó sus hombros. Sólo unos segundos porque una arregladita chica con ojos de miel le pidió ocupar la silla libre, unos minutos con su cartera. Sin recibir respuesta o mientras Leónidas resolvía, un perfume suave llegó a la mesa empujando el vaho de los cigarrillos hacia algún abismo.

Podría haber estado sentado del otro lado del vidrio observando, como un águila miope y escudriñando en cada mesa; imaginando las charlas, apagando las espumas de los vasos. Hubiese sido igual. Algo los separaba, a él y al resto ex-

ceptuando a los mozos y al chico que pasaba música desde un rincón. Ahora tenía que descifrar de qué lado del vidrio estaba esa jovencita que le habló, le ocupó su silla vacía para apoyar su pierna y arreglarse la media, sabiendo que estaba frente a un hombre absolutamente inofensivo.

Como Leónidas estaba convencido que no se podía ir contra ciertas cosas -no en el sentido de deber- volvió a aflojar sus hombros y pidió otro café con una seña. Ananké. La fuerza del destino que ni los dioses gambeteaban.

A eso de las cinco de la mañana sólo quedaban por levantar patas arriba las dos sillas que ocuparon durante toda la noche. El bar se había desolado a las tres vaya a saber por qué evento cercano. Para ese tiempo y antes que el mozo les pidiera el lugar para baldear, ella que no tenía nombre ni origen le había contado una historia. La del italianito detenido injustamente, cuando un anarquista evitó disparar contra el terrateniente extranjero. Ese que no disparó su arma para cuidar la vida de las dos jovencitas que pasaban por la calle Puán.

El mar perdió su transparencia,
y nadie más entró en él.



Exilio y rastros de poesía.
Fernando Gargano

www.escribentes.com.ar